

MODELOS TEÓRICOS DE INDUSTRIALIZACIÓN TARDÍA

Carlos H. Waisman
(*University of California, San Diego, USA*)

El fracaso en institucionalizar la democracia liberal es uno de los rasgos fundamentales que distingue a los recién llegados al capitalismo industrial de los primeros industrializadores. La difusión de las relaciones sociales capitalistas no ha estado asociada con la difusión de la democracia liberal. En realidad, la correlación existente entre el orden de acceso al capitalismo industrial y la existencia de instituciones democráticas estables es negativa: los recientes procesos de industrialización han demostrado una mayor predisposición para establecer regímenes autoritarios y corporativistas más que para institucionalizar la democracia liberal. Uno de los factores esenciales que conducen a la institucionalización de distintos regímenes políticos en las sociedades industriales capitalistas es el modo en que la naciente clase trabajadora fue incorporada dentro del sistema político. Distintas «soluciones» a la crisis de incorporación son posibles y existe una correlación entre la naturaleza del efecto de esta crisis y el tipo de régimen político que eventualmente se haya establecido. El propósito de este artículo es el de explorar la covariación entre diferentes soluciones a la crisis de incorporación y algunas características de la estructura social, tales como el momento oportuno de acceso al capitalismo industrial, el grado de dualismo y el sitio de control de los recursos económicos. A fin de examinar estas relaciones se analizan algunas propuestas acerca de los vínculos entre los efectos de la crisis de incorporación de la clase trabajadora y los conceptos estructurales correlativos. Básicamente, estos vínculos están relacionados con la acción política de los principales antagonistas de la crisis mencionada: las élites establecidas y las clases trabajadoras emergentes.

Efectos de la crisis de incorporación de la clase trabajadora

Los distintos efectos del proceso de incorporación de la clase trabajadora dentro del sistema político pueden organizarse en una tipología que se obtiene al combinar dos dimensiones, y ambas están referidas al sistema político resultante: grado de centralización del poder y grado de legitimidad. Si estas dimensiones se dicotomizan, surgen cuatro tipos ideales. Los llamaremos *adaptación, exclusión, cooptación y polarización*. Estos tipos indican el éxito o el fracaso de la institucionalización de una «fórmula política» para lograr el consenso en una sociedad industrial capitalista y de elevada participación. Existe, por esta misma razón, tal como se ha señalado precedentemente, una estrecha correspondencia entre los efectos del proceso de incorporación y los regímenes políticos que eventualmente se hayan establecido en la sociedad.¹ La «adaptación» genera tendencias hacia —o mejor aún, constituye un aspecto básico del proceso de desarrollo de— la democracia liberal estable, y relaciones semejantes pueden afirmarse entre la polarización y la democracia inestable, la exclusión y el autoritarismo, y la cooptación y el corporativismo.

Comencemos con una breve referencia a cada una de estas dos dimensiones, centralización del poder y legitimidad. Naturalmente estas dos dimensiones son continuas, pero tiene sentido considerarlas como dicotomías. El grado de centralización del poder será considerado como un atributo cuyos valores son el monismo y el pluralismo. Debido a que nos interesa esta dimensión con específica referencia a la clase trabajadora, el índice es si esta clase participa en la política como un actor político independiente, es decir, si el movimiento obrero y los partidos políticos basados en la clase trabajadora, en caso de que existan, son autónomos. Las alternativas para la participación independiente son dos: supresión o restricción de la par-

1. Excepto, naturalmente, en aquellas sociedades en que las divisiones étnicas o religiosas son muy evidentes.

participación y participación bajo el control de las clases dominantes o del Estado. Las democracias liberales, tanto las estables como las inestables, constituyen ejemplos de participación independiente y los regímenes autoritarios, fascistas y corporativistas son casos o bien de exclusión o de participación controlada.² En la segunda dimensión, el grado de legitimidad, se pueden distinguir también dos niveles: «alto» y «bajo». Lo que quiero significar por legitimidad en este punto es la aceptación generalizada, por parte de la clase trabajadora, del orden social del capitalismo, más que la aceptación de instituciones políticas, funcionarios o sistemas. En este sentido la legitimidad es una aceptación, «natural, sin discusión» (Blondel),³ de las relaciones sociales básicas que prevalecen en la sociedad y del sistema de clases construido sobre ellas. Este consenso social generalizado no es compatible con la disidencia con respecto a instituciones específicas —incluidas las instituciones políticas— y sistemas específicos. El índice de baja legitimidad podría estar representado por la existencia de un apoyo generalizado de la clase trabajadora hacia los movimientos y partidos anticapitalistas, un apoyo que es manifiesto, como en las democracias europeas inestables, o bien latente, como en el caso de la mayoría de los regímenes autoritarios que existen en aquellas sociedades relativamente industrializadas.⁴

Como resultado de la combinación del grado de centralización del poder con el grado de legitimidad, se obtiene la siguiente tipología sobre los efectos de la crisis de incorporación:

		Centralización del poder	
		Pluralismo	Monismo
Legitimidad	Alta	Adaptación	Cooptación
	Baja	Polarización	Exclusión

2. La dicotomización de esta variable en monismo y pluralismo constituye una simplificación extrema, no sólo porque los estadios intermedios son muy frecuentes sino también debido a la imperfecta correlación que existe entre la concesión de los derechos sindicales y la extensión de la ciudadanía al nivel político específicamente.

3. Blondel, J., *Comparing Political Systems* (New York i Washington: Praeger, 1972), Cap. 4.

4. Algunas observaciones sobre la legitimidad son pertinentes. Primero, la aceptación del capitalismo no implica necesariamente un apoyo activo o consciente. Sim-

El primer modelo, la *adaptación*, se refiere a la situación en la que se ha producido tanto la incorporación política como la ideológica. Por una parte, los sindicatos independientes —es decir, los que no están controlados por el gobierno o por las clases dominantes— y los partidos políticos basados en la clase trabajadora son admitidos por las élites establecidas. Por otra, la clase trabajadora legitima el orden social y, como resultado del proceso, emerge una sociedad de consenso. Esta descripción se ajusta a los casos de Gran Bretaña, USA, otras naciones que han recibido la influencia británica y las naciones escandinavas.⁵

El segundo tipo, la *polarización*, se produce cuando a la clase trabajadora se le ha garantizado la participación independiente, pero cuando no se desprende de ella ninguna generalización de los valores. En estos casos, los sindicatos y los partidos de la clase trabajadora se transforman en los centros institucionalizados de la disidencia social. Los ejemplos de este modelo los constituyen aquellas democracias industriales que poseen importantes partidos comunistas y otros partidos anticapitalistas, como es el caso de Francia e Italia, y los países en proceso de industrialización, como Chile hasta el derrocamiento de Allende y Uruguay hasta la década de los setenta. La Alemania de Weimar, la Italia prefascista y la República española también se ajustan a este modelo. Tal vez el ejemplo ideal sea Francia, ya que este tipo de efecto ha prevalecido en dicho país desde que comenzara

plemente se refiere a una situación en la que la naturaleza de las instituciones económicas no se cuestiona. Segundo, debería remarcarse nuevamente el hecho de que la evaluación de la legitimidad del capitalismo se realiza aquí exclusivamente con respecto a la clase trabajadora. Tercero, nos estamos refiriendo a la aceptación de los principios fundamentales de la organización social del capitalismo —básicamente, la centralización del control de los medios de producción— más que a la legitimidad de políticas o prácticas económicas que, en mayor o menor medida, benefician los intereses del negocio. En consecuencia, el apoyo a la regulación gubernamental de la economía, la progresiva fijación de impuestos, etcétera, no es inconsistente con la aceptación de las características centrales del capitalismo. Por último, la disensión se define simplemente como falta de aceptación, es decir, como creencias anti-*statu quo* generalizadas que no implican necesariamente la defensa de una ideología elaborada tal como, por ejemplo, el socialismo, que podía suministrar una compleja argumentación contra el capitalismo como asimismo un programa para una forma alternativa de organización económica.

5. Gran Bretaña ofrece el ejemplo clásico de este tipo de incorporación: antes de que las presiones para la participación pudiesen generar una polarización estable, la extensión de los privilegios como así también otras políticas incorporativas produjeron gradualmente la adaptación. Alemania Occidental pertenece también a este tipo: la destitución de los Junkers y las políticas aplicadas por los poderes de ocupación crearon las condiciones para la adaptación.

la industrialización, exceptuando el breve período de la ocupación y el gobierno provisional de Vichy.

Podemos volver ahora hacia el tercer efecto, es decir, la *exclusión*. Este modelo implica simplemente la ausencia de incorporación. Se halla tipificado por dos rasgos. En primer lugar, las élites establecidas se rehúsan a aceptar a los sindicatos independientes y los partidos políticos de la clase trabajadora son declarados ilegales. En segundo lugar, el orden social capitalista es rechazado por la clase trabajadora. La exclusión y la disidencia pueden ser relacionadas causalmente, en cualquier sentido, y también pueden generarse de modo relativamente independiente entre ellos. Sin embargo, la disidencia constituye el detonante inmediato de la exclusión. Esto representa una concordancia con la hipótesis de Goode acerca de la correlación entre el valor de la discrepancia que separa a gobernantes y gobernados y la probabilidad del uso de la fuerza como un medio de control social.⁶ El resultado es una dictadura exclusionista. Los ejemplos de este modelo son todos los regímenes autoritarios que existieron en aquellas sociedades en las que la clase trabajadora constituyó un significativo actor político, incluyendo desde la Alemania imperial y la Rusia de los zares hasta los regímenes de Franco y Salazar, y los gobiernos militares actuales que rigen en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay.⁷ Los regímenes fascistas tam-

6. W. J. Goode, «Presidential address: The place of force in human society», *American Sociological Review*, 37, 5: 507-519.

7. Es importante distinguir dos tipos de regímenes exclusionistas. El primero de ellos corresponde al caso en que un sistema político autoritario preindustrial fracasó en su intento de incorporar a la clase trabajadora —o, en un caso más extremo, tanto a la burguesía como a la clase trabajadora. El poder continúa monopolizado por la élite terrateniente y/o la burocracia y a la movilización se responde con la coerción. En este punto, no se permite ninguna actividad política, o incluso la articulación de intereses inmediatos, especialmente en lo que a la clase trabajadora concierne. Éste es el tipo de esquema en el que se maximizan las precondiciones para la revolución, a pesar de los típicos intentos de último momento de los que detentan el poder por instituir reformas parciales, las clásicas instancias de «demasiado poco, demasiado tarde». La Rusia zarista es el ejemplo clásico de este tipo de situación. El segundo tipo de régimen exclusionista corresponde al caso de una democracia inestable en la que el nivel de polarización es tal que se produce una toma del poder revolucionaria, o se vuelve una posibilidad o al menos se percibe como posible por estamentos significativos de la élite. Tres instancias clásicas incluyen la formación de gobiernos radicales de base obrera —como en Francia y España en los años de 1930 y Chile en los años de 1970— de una intensa movilización de la clase trabajadora (como en Italia después de la Primera Guerra Mundial, o tal vez Brasil en los primeros años de la década de 1960) y una profunda crisis económica en un país en el que existe una masa de izquierda bien organizada, como en Alemania en 1930. Bajo estas circunstancias, es probable que los sectores de la élite y de las clases medias se radicalicen hacia la derecha, y es probable que surja una coalición contra la clase trabajadora, integrada por fracciones

bién deberían incluirse, ya que su carácter exclusionista con respecto a la clase trabajadora es absolutamente claro.⁸

Finalmente, la *cooptación* se refiere a una situación en que la clase trabajadora es incluida en la política como un participante heterónimo bajo el control de la clase dominante. La cooptación es, por lo tanto, una combinación de la adaptación y la exclusión. Como en el caso de la adaptación, se produce una incorporación tanto política como ideológica. Como en el caso de la exclusión, la clase dominante no reconoce la legitimidad de sindicatos independientes y de partidos políticos de la clase trabajadora. La implementación de la cooptación supone una condición previa: la voluntad de la clase trabajadora de ser apropiada.

Por último, a diferencia del caso de exclusión, el orden social capitalista no se ve enfrentado por la clase trabajadora: la disidencia haría imposible la cooptación. El corporativismo es el mecanismo político a través del cual se realiza la cooptación, es decir, un sistema de representación de intereses, en el contexto de una sociedad capitalista, en el que las organizaciones representativas se hallan, en términos de Schmitter, «reconocidas o autorizadas [cuando no creadas] por el Estado y permiten un monopolio representativo deliberado [...] a cambio de la observación de ciertos controles en su selección de líderes y en la articulación de demandas y apoyos».⁹ Esta definición de corporativismo es más amplia que aquella fundada en las doctrinas corporativistas clásicas, ya que ella no implica que los criterios funcionales sean prevalentes o exclusivos. La razón estriba en que, mientras el corporativismo doctrinario no ha sido totalmente institucionalizado en ninguna parte, el mecanismo más amplio definido más arriba, es decir, el control por el Estado de la representación funcional y política se ha producido, y de hecho florece, a lo largo del llamado Tercer Mundo.¹⁰

significativas de todas las clases sociales exceptuando a la clase trabajadora. El resultado es un régimen autoritario o fascista cuyo objetivo principal es la desmovilización coercitiva de la clase trabajadora.

8. El fascismo, no obstante, es una instancia de apropiación desafortunada (el cuarto modelo, que será examinado más adelante): estos regímenes establecieron un aparato corporativista con el objeto de integrar a la clase trabajadora dentro de un sistema monístico de alta participación. Este intento fracasó ya que la clase trabajadora continuó siendo, tanto en Italia como en Alemania, el sector menos incorporado a la comunidad totalitaria.

9. P. C. Schmitter, «Still the century of corporatism?» en la obra de F. B. Pike y T. Stritch (comps.), *The New Corporatism* (Londres: University of Notre Dame Press, 1974), pp. 93-94.

10. Ver el análisis en F. B. Pike y T. Stritch, *op. cit.*; y también en la obra de H. J. Wiarda (comp.), *Politics and Social Change in Latin America* (Amherst: University of Massachusetts Press, 1974).

El corporativismo en este sentido no es, por lo tanto, una pieza de museo, sino un rasgo fundamental dentro de la organización política de las sociedades contemporáneas. Representa la infraestructura institucional de la mayor parte de aquellos regímenes llamados «populistas».¹¹ La referencia al control por medio del Estado de las organizaciones representativas, finalmente, también diferencia el empleo que hago del término de Schmitter, cuya definición se aplica no sólo al corporativismo de «Estado», sino también a lo que él denomina corporativismo «social», es decir, aquellos Estados pluralistas en los que los grupos de interés desempeñan un papel institucionalizado en la toma de decisiones, como en el caso de los países escandinavos y en otros países europeos.

Es necesario hacer dos observaciones. Primero, debería subrayarse que estos modelos constituyen tipos ideales. En la vida política real no existen resultados «puros»: aun cuando un tipo prevalezca en algún momento, también pueden encontrarse habitualmente rasgos secundarios pertenecientes a otros modelos.

Por lo tanto, la historia de las leyes electorales en muchas sociedades de acomodación muestra que los aspectos exclusionistas han persistido durante mucho tiempo, habiéndose percibido ya algunas tendencias hacia la apropiación en otros regímenes exclusionistas. El caso de la zanahoria de Bismarck y las políticas del garrote contra la clase obrera ilustran la complejidad de regímenes concretos. Sin embargo, tengo la impresión de que siempre puede discernirse un tipo dominante. Y en segundo término,

11. El intento más temprano por incorporar a la clase trabajadora dentro del sistema político bajo el control organizativo del Estado probablemente haya tenido lugar en la Rusia zarista a principios de siglo cuando la dirección de los Okhrana en Moscú formó asociaciones bajo control policial —con los profesores de la Universidad de Moscú proyectando los estatutos— con el objeto de organizar demostraciones a favor del Zar y otras funciones tales como la entonación comunitaria de cánticos patrióticos. Véase la obra de H. Seton-Watson *The Decline of Imperial Russia, 1855-1914* (Nueva York: Praeger, 1969), p. 128. He mencionado antes que los regímenes fascistas en Italia y Alemania son casos de apropiación desafortunada y lo mismo puede decirse de los regímenes autoritarios de Franco y Salazar. Son estos cuatro ejemplos de una fachada corporativista que escondía una realidad de exclusión. Por otra parte, un corporativismo positivo —a menudo bajo un disfraz democrático-liberal— ha sido implantado exitosamente en muchas naciones latinoamericanas. El régimen de Vargas en Brasil, el gobierno de Perón en la Argentina, y la estructura política que se desarrolló en México con posterioridad a los acontecimientos comúnmente conocidos como «la revolución», son casos de apropiación de la clase trabajadora. En todos estos ejemplos, los trabajadores pertenecían a un partido controlado por la élite —que, en el caso de México está incluso organizado según líneas funcionales— y los sindicatos se hallaban fuertemente influenciados o controlados por el Estado.

los modelos varían a lo largo del tiempo. Los diferentes regímenes políticos han experimentado diferentes tipos de evolución luego de un primer estadio generalizado en el cual la exclusión era dominante. La estabilidad de los tipos también es variable. En líneas generales, en aquellos países donde se ha institucionalizado la adaptación, este resultado ha sido bastante estable. Existen, no obstante, algunas instancias en las cuales los otros tipos han persistido durante largos períodos: polarización en Francia, exclusión en España, cooptación en México. Otros países, como Alemania o Argentina, han presentado cambios frecuentes. En principio, parecería que tanto en el caso de los dos efectos de baja legitimidad, como así también en el caso de los dos referidos a una elevada centralización, una forma tiende a desviarse hacia la otra: la polarización tiende a un cambio hacia la exclusión y viceversa; la misma tensión existe entre la apropiación y la exclusión. Las propuestas acerca de secuencias típicas podrían desarrollarse sobre la base del análisis comparativo.

Estrategias de la élite, formas de la acción política y recursos del sistema

Puede esperarse que un proceso tan complejo como la incorporación de la clase trabajadora al sistema político sea el resultado de múltiples causas, y que la importancia de los distintos factores que contribuyen a él habrán de variar empíricamente. El marco conceptual más simple posible para el estudio de la generación de los diferentes efectos es aquel que enfoca el análisis de la interacción entre los dos antagonistas principales: las clases dominantes, es decir, los que detentan el poder económico y político, y los extraños cuya incorporación se encuentra en discusión, es decir, la clase trabajadora.¹² El papel de otras clases y estratos sociales, tales como el campesinado, la clase media urbana y la clase intelectual, es también muy significativo, pero su contribución no puede analizarse aquí

12. Podría argumentarse que un modelo de dos antagonistas, «élite *versus* clase trabajadora», es demasiado simple para dar cuenta de la complejidad de la vida política y ello se debe a dos razones. Primero, porque en cada caso concreto existen otras fuerzas sociales cuyo papel podría ser fundamental. Segundo, porque ninguno de los dos antagonistas principales es un actor político homogéneo. Tanto «élite» como «clase trabajadora» son denominaciones para agregados heterogéneos integrados por individuos que comparten similares características ambientales pero cuyo grado de unificación política es problemática: la unidad de una clase social como fuerza política no puede suponerse por definición. Estas objeciones son válidas. Sin embargo, las clases y los estratos más que la élite y la clase trabajadora deben ser considerados en los casos concretos. Además, los conceptos que habrán de analizarse aquí parecen adecuados

debido a razones de espacio.¹³ Además, existen características de la estructura social que no son rasgos de los dos principales antagonistas ni de otras clases sociales, pero que afectan la acción política de los principales antagonistas y por lo tanto ejercen su influencia en la producción del efecto del proceso de incorporación. Estas características pueden conceptualizarse como recursos que incrementan o disminuyen la probabilidad de que se produzcan los diferentes efectos. Estos recursos del sistema admiten diversas clasificaciones posibles y varios niveles posibles de especificación. Una simple clasificación de algunos de los recursos del sistema que parecen ser operativos en relación a los efectos podría ser la siguiente: económicos, referidos al excedente económico que existe en la sociedad; políticos, correspondientes al aparato de coerción; y culturales, la cultura política y las ideologías que existen en la sociedad. Nuestro interés reside en la cantidad de cada recurso que es aprovechable y en la distribución de su control entre los antagonistas por el poder.¹⁴

En relación a los dos antagonistas principales, nos encontramos básicamente interesados en aquellos conceptos útiles para el análisis de su acción política más que en la descripción de características de ambiente que son movilizadas como recursos en la acción política. Un problema en esta conexión es el que se refiere a que los mismos conceptos no serían igualmente adecuados para el estudio de la acción política de una minoría organizada, como en el caso de una élite, y aquel referido a una gran colecti-

para el análisis de grupos sociales en diferentes niveles de unificación política. Y, tal como veremos más abajo, la tipología de formas de acción política, que habrá de emplearse en relación a la clase trabajadora, es especialmente útil a fin de dar cuenta de la diversidad política dentro de extensos agregados.

13. Estos otros estratos y clases sociales son aprovechables como socios para coaliciones políticas. Los dos más significativos han sido el campesinado y las clases medias urbanas pero otros grupos, tales como los marginales urbanos y las clases medias agrarias, han desempeñado importantes papeles en muchas sociedades. Además, las clases medias urbanas raramente constituyen una fuerza social unificada. En diferentes contextos estos estratos pueden ser divididos en dos o más fuerzas significativas y puede ocurrir también que sólo fracciones específicas de las clases medias urbanas, tales como la clase intelectual, son actores cuya acción es consecuente en relación al efecto del proceso de incorporación. El punto aquí es que los grupos, más que las élites o la clase trabajadora, pueden volverse aliados de los antagonistas principales, ser sus hegemónizadores o permanecer bajo su hegemonía.

14. Los recursos podrían clasificarse además en internos y externos. Esta diferenciación es particularmente importante ya que la dotación de recursos que es internamente aprovechable está determinada parcialmente por medio de procesos exógenos: ayuda económica, intervención o ayuda militar, influencias ideológicas, son adiciones o sustracciones netas de la magnitud del excedente, los recursos coercitivos y las prácticas y creencias políticas que son «útiles» en una sociedad en un momento dado.

vidad, como en el caso de la clase trabajadora industrial: el modo en que estos dos tipos de fuerza social utilizan su poder en el contexto de la interacción social tiende a ser muy diferente. Por esta razón, se emplearán distintos conceptos para el análisis de la acción política de estas dos fuerzas sociales: estrategias, en relación con las clases dominantes, y formas de acción política en relación con las clases trabajadoras emergentes. Analicemos brevemente las estrategias de las clases dominantes y las formas de acción política.

Pueden discernirse tres estrategias tipo-ideales de las clases dominantes con respecto a la clase trabajadora: *inclusión*, *exclusión* y *cooptación*. La exitosa implementación de estas estrategias lleva al establecimiento de las democracias liberales, las dictaduras exclusionistas y los regímenes corporativistas. El primer tipo de estrategia, la inclusión, recibió una denominación diferente a la del efecto correspondiente, adaptación, a fin de enfatizar que en este caso, más que en los otros, la generación y sostenimiento del efecto depende de la interacción entre la clase dominante y la clase trabajadora como dos fuerzas relativamente independientes. En los otros dos casos, la iniciativa pertenece casi exclusivamente a la clase dominante, aun cuando las formas de la acción política de la clase trabajadora y los recursos del sistema constituyen asimismo determinantes significativos del efecto producido. Por último, la polarización no es la actualización de una estrategia de la clase dominante: antes bien es un efecto objetivo que resulta de un estancamiento político.¹⁵

Como formas de la acción política serán definidas como un grupo de creencias generalizadas y disposiciones para la acción en relación a los fundamentos del orden social. Estamos aludiendo a creencias generalizadas y disposiciones para la acción, es decir, a ideas abstractas, difusas y globales más que a ideas concretas, específicas y focalizadas. El objetivo del empleo de este concepto es el de indagar si las ideas y el comportamiento indican un apoyo o una oposición al orden social, esto es, establecer un juicio sobre la legitimidad del *statu quo* para la clase trabajadora. Además, la

15. Debería remarcarse nuevamente que estas estrategias constituyen tipos ideales y que las políticas concretas implementadas por gobiernos y partidos que representan a la élite o a fracciones de la élite son combinaciones de uno o más tipos «puros». Esto parece ser especialmente así con respecto a las estrategias no inclusionistas. No obstante, como se señalara anteriormente, en relación con la combinación de efectos, habitualmente es posible determinar cuál es la estrategia dominante que subyace a políticas concretas. La otra observación hecha en conexión con los efectos también se aplica a las estrategias: varían a lo largo del tiempo, luego de un período inicial en el que la exclusión es la estrategia más frecuente.

referencia a los «fundamentos del orden social» implica que tanto las ideas como las predisposiciones a la acción son evaluadas desde la perspectiva de las consecuencias que la actualización de estas ideas y comportamiento podrían tener en relación a las instituciones básicas de la sociedad.

Al analizar la acción política desde la perspectiva de su legitimidad, es sumamente importante establecer una diferencia que no siempre aparece clara en la literatura referida a la acción política colectiva, ya sea especulativa o científica: se trata de la diferencia entre la legitimidad-de-creencias y la legitimidad-de-comportamiento. Con mucha frecuencia se ha supuesto una alta correspondencia entre ambas variables. Comúnmente se espera que si la gente ha sido socializada dentro de creencias anti *statu quo*, será aprovechable para un comportamiento anti *statu quo*, o a la inversa, que toda vez que los individuos realizan actividades anti *statu quo*, están propensos también a sustentar creencias anti *statu quo*.

En realidad, creencias y comportamiento pueden variar de forma independiente y abundan los ejemplos de todas las combinaciones posibles. Existen, naturalmente, casos de asociación entre ideas y comportamiento: la combinación de ideas legítimas y comportamiento legítimo es la forma más frecuente de acción política, y las revoluciones constituyen ejemplos de acción colectiva en la cual un segmento significativo de la población demuestra tanto ideas como comportamiento que son antagónicos con respecto al orden social. La combinación de conducta y creencias anti-*statu quo* que no se opongan a los fundamentos del orden social está muy bien ilustrada por las *Jacqueries* y otros momentos similares de rebelión del campesinado, y el caso de acción colectiva en el cual se combinan las creencias que contradicen los fundamentos del orden social y el comportamiento que se ajusta a las reglas se halla muy bien ejemplificado por la base social de los partidos revolucionarios de masas contemporáneos en las sociedades capitalistas avanzadas, tal los casos de los partidos comunistas en Francia e Italia.

Si las creencias y el comportamiento, considerados desde la perspectiva de las consecuencias objetivas de su actualización en relación a los fundamentos del orden social, pueden variar en forma independiente, entonces una tipología de formas de acción política se puede generar cuando ambas se combinan. La dimensión de consenso-disenso se refiere a creencias y la de acatamiento-radicalismo se refiere al comportamiento. En cada par las primeras categorías son residuales: indican ausencia de disidencia, o de radicalismo, más que socialización política efectiva o un apoyo efectivo al *statu quo*. La disensión puede operarse como oposición a la propiedad privada de los medios de producción y el radicalismo como una propensión a emprender formas de comportamiento que incluyen la violencia u

otras formas de coerción. Los tipos han sido denominados con designaciones familiares:

Formas de acción política de la clase trabajadora:

		—		+
			Aquiescencia	Reformismo
Radicalismo:	—			
		+	Movilización	Acción Revolucionaria

La primera situación, la *aquiescencia*, corresponde tanto al estadio de no participación pasiva como a la participación integrada luego de la incorporación. El movimiento obrero norteamericano contemporáneo sería un ejemplo de la última situación. Mientras que la movilización se refiere al caso de las clases trabajadoras que se comprometen en un comportamiento anti *statu quo*, pero no poseen una ideología anti *statu quo*: la acción de la clase trabajadora inglesa durante gran parte del siglo XIX corresponde a este modelo. Por último, el reformismo y la acción revolucionaria corresponden a las clásicas variantes dentro del movimiento obrero de Europa.¹⁶ Las estrategias de las clases dominantes y las formas de acción

16. Estos tipos se refieren a la acción política individual. Por lo tanto, los agregados son probablemente heterogéneos. Sin embargo, las formas de acción política no se producen al azar en la estructura social. Los diferentes estratos y clases son más propensos que otros a desarrollar combinaciones específicas de creencias y comportamiento. Y, en organizaciones y movimientos políticos, el grado de consistencia entre las formas de acción política del liderazgo y del pueblo es también variable. La relación entre formas de acción política e ideologías es también problemática: existen algunas afinidades obvias entre estos tipos y las ideologías políticas, pero debería recordarse que las formas de acción política no son más que orientaciones difusas y afectivas. La conversión de formas de acción política en apoyo a una ideología política es el resultado de un proceso social más que de una afinidad abstracta entre las dos. En realidad, las mismas formas de acción política pueden ser canalizadas en diferentes ideologías: los individuos que tienen la misma combinación de creencias y predisposiciones para la acción pueden concluir en extremos opuestos del espectro político. Por otro lado, muchas de las formas de acción política, y probablemente todas, están representadas en proporciones significativas dentro del grupo de partidarios de una ideología o movimiento político específicos.

política interactúan en la generación de los efectos del proceso de incorporación.

Observemos en primer lugar el probable efecto de las formas de acción política sobre las estrategias de las clases dominantes. *Ceteris paribus*, puede suponerse que la existencia de una clase trabajadora aquiescente inducirá a la clase dominante a implementar estrategias no exclusionistas, ya sea de apropiación o de inclusión. Una clase trabajadora movilizadora, por otra parte, parece ser incompatible con la apropiación, de modo que las otras dos estrategias aparecen como más probables. En realidad, existe una asociación entre la movilización como una forma de acción política y la generación de estrategias inclusionistas por parte de las clases dominantes. Una posible razón podría ser que, por una parte, la apropiación —cuyo mecanismo básico es el control organizativo de la clase trabajadora por parte de la clase dominante— se ve dificultada por la movilización y que, por otra parte, la perspectiva de adaptación es aceptable para la clase dominante debido al bajo nivel de disidencia de la clase trabajadora. Una acomodación es, por supuesto, menos «costosa» a largo plazo, como fórmula política, que la exclusión.

El tercer caso lo constituye una clase trabajadora reformista. En una situación de este tipo, la apropiación es aún más improbable debido al elevado nivel de disidencia, y una adaptación estable no es una posibilidad realista. Parecería ser que tanto la polarización como la exclusión son los efectos probables en este caso. Por último, en una situación en que la clase trabajadora está caracterizada por aquello que hemos denominado acción revolucionaria, las clases dominantes tenderán a aplicar una estrategia exclusionista y el efecto dependerá de la relación de fuerzas.

Por otro lado, es posible sugerir algunas propuestas acerca del efecto de las estrategias de las clases dominantes sobre las formas de la acción política. En la medida en que atañe a la inclusión, la implementación de esta estrategia es improbable que resulte en el crecimiento de la disidencia o del radicalismo en la clase trabajadora, *ceteris paribus*, naturalmente. Las estrategias exclusionistas, por otra parte, probablemente producirán un incremento tanto de la disidencia como del radicalismo, aun cuando la expresión de estas dos tendencias pueda ser controlada efectivamente por la amenaza de coerción. La cooptación, por último, es improbable que produzca *per se* un incremento, ya sea de disidencia o de radicalismo.

El papel de los recursos del sistema ya sea como oportunidades o represiones en relación a la generación de efectos sólo puede ser mencionada aquí brevemente. En primer término la existencia de un excedente aprovechable para la redistribución: en relación a las estrategias de las clases dominantes, puede asegurarse que la utilidad de este recurso es una con-

dición necesaria para la implementación tanto de la inclusión como de la apropiación, ya que la generación y mantenimiento de la legitimidad es probable que requiera la concesión de recompensas económicas.¹⁷ Por otra parte, es probable que la redistribución tenga un efecto adaptativo sobre las formas de acción política de la clase trabajadora. En segundo término, el aparato coercitivo: es evidente que la cantidad de recursos coercitivos que existen en la sociedad, como así también el grado de centralización de la coerción bajo control estatal, determina la viabilidad de la exclusión como una alternativa para las clases dominantes. La cultura política y los sistemas de creencias que operan en una sociedad en un momento dado, finalmente, contribuyen a determinar la orientación de las clases dominantes hacia las diferentes estrategias y propensiones de la clase trabajadora hacia la disensión y el radicalismo.¹⁸

Concluyendo, pueden proponerse algunas hipótesis concernientes a modelos de correspondencia entre estrategias de las clases dominantes y formas de acción política en la producción de efectos de la crisis de incorporación de la clase trabajadora. Toda vez que se hallan presentes los recursos del sistema que son relevantes para la institucionalización de cada efecto —el aprovechamiento de un excedente para la redistribución, en particular, parece ser crucial— la interacción entre la movilización y una estrategia exclusionista parece llevar a la adaptación y relaciones similares parecen razonables entre el reformismo y una estrategia exclusionista en relación a la exclusión —aun cuando la polarización es también un efecto posible en dicho caso— y entre la aquiescencia y una estrategia de apropiación en relación al corporativismo.

17. El problema reside, naturalmente, en que la disponibilidad del excedente es una función del nivel de productividad de la economía y de las presiones por usos alternativos, tales como, por ejemplo, la acumulación de capital. Y, en el comienzo de la industrialización, el dilema de acumulación *versus* redistribución se experimenta incluso en aquellas economías altamente productivas. Es por esta razón que el crecimiento económico a largo plazo es una precondition para el éxito tanto de la adaptación como de la cooptación.

18. El comportamiento de la élite ha sido afectado, en diversos momentos, por la influencia de ideologías como el liberalismo, el fascismo, el nacionalismo y el populismo y lo mismo puede decirse para la clase trabajadora en relación a las diferentes variedades de nacionalismo y al nacionalismo y populismo. Los factores implicados son si una ideología existe —el socialismo, por ejemplo, no era aprovechable como sistema codificado durante el período de la agitación de la Bolsa de Valores en Inglaterra—, si la ideología se percibe como efectiva (*vide* el llamado del fascismo para muchas élites del Tercer Mundo antes y durante la Segunda Guerra Mundial) y si existen mecanismos que facilitan la diseminación de la ideología en cuestión en una sociedad determinada, la existencia de mensajeros o propagandistas o la incidencia de canales internacionales de difusión.

Correlación de efectos

En el resto de este artículo se analizarán algunas generalizaciones provisionales acerca de las correlaciones estructurales de efectos. Cuando se examina la emergencia y consolidación de los diferentes efectos, se destaca un modelo: existe una covariación entre la frecuencia de producción de los distintos modelos y el momento de industrialización. Cuando se analiza con más detenimiento, parece que dos conceptos correlativos del momento de industrialización, principalmente el grado de dualismo y el grado de alienación del control de los recursos económicos, se asocian con las estrategias de las clases dominantes, las formas de acción política y los recursos del sistema. Estas tres variables, momento de industrialización, dualismo y alienación del control, se hallan interrelacionadas —aun cuando su asociación no sea perfecta: los países escandinavos, por ejemplo, son industrializadoras no dualistas— pero cada una de ellas parece contribuir al establecimiento de los distintos efectos.

Por «momento de industrialización» quiero significar el orden relativo de acceso al mundo industrial. En el caso de «dualismo» este término se refiere a la coexistencia en la estructura social de un sector «tradicional» significativo junto con el sector capitalista «moderno». «Tradicionalismo» en este contexto puede denotar una discontinuidad ya sea cuantitativa o cualitativa. El primer tipo corresponde al caso en el que persisten las relaciones sociales precapitalistas y una discontinuidad cuantitativa es una productividad diferencial dentro del sector capitalista. El segundo concepto correlativo estructural del momento de industrialización, alienación del control de recursos económicos, constituye un aspecto fundamental del fenómeno que habitualmente se denomina imperialismo o dependencia. Prefiero aquí emplear dicha expresión ya que implica un significado más específico.

La covariación aludida más arriba puede resumirse tal como sigue. La adaptación, como un efecto de la crisis de incorporación de la clase trabajadora, parece estar asociada con la industrialización temprana, exclusividad de las relaciones sociales capitalistas, y con la conservación del control de los recursos económicos más significativos a cargo de la burguesía nativa, esta última característica al menos hasta el punto de desarrollo social en el cual la crisis de incorporación de la clase trabajadora ha sido solucionada. La desviación en la adaptación, por otra parte, está aparentemente relacionada con la industrialización tardía, una estructura social dualista y un elevado nivel de alienación del control de los recursos económicos. Tal como veremos más adelante, los países pertenecientes a la segunda ola de industrialización han tendido a la polarización y la exclusión,

mientras que los países pertenecientes a la tercera ola de industrialización parecen evidenciar una afinidad con la exclusión y la apropiación. En este punto será útil aclarar el significado de «momento de industrialización», «grado de dualismo» y «alienación del control de los recursos económicos».

Momento de industrialización y efectos

Comencemos con la primera de estas variables. Aquellos países en los que han tenido lugar procesos de industrialización a gran escala —digamos, países en los cuales el porcentaje de la población activa en el sector secundario y el porcentaje del Producto Nacional Bruto originado por fabricación sea al menos del 20 %— pueden agruparse en tres categorías. La primera corresponde a los primeros países industriales y a sus descendientes, tales como Gran Bretaña y sus colonias en «espacios abiertos» en Norteamérica y Oceanía. El segundo grupo se constituye con aquellos países industriales de la segunda ola, es decir aquellas naciones que se transformaron en sociedades industriales en la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX: Alemania, Rusia, Japón, Italia, España y otras naciones del sur y este de Europa pertenecientes a esta categoría. La tercera ola de industrialización, por último, comprende aquellos países que realizaron la transición hacia la sociedad industrial luego de la depresión. Se trata en su mayor parte de naciones latinoamericanas: Argentina, Uruguay y Chile son los casos en los que el proceso se halla más avanzado. Otros países, como México o Brasil, que disponen de significativos sectores de manufactura, aun cuando su nivel de industrialización agregado no es elevado, debido a la existencia de discontinuidades internas, deberían ser incluidos en este grupo.

Los criterios especificados más arriba no son totalmente precisos ya que algunos países no son susceptibles de una clasificación fácil. Aun cuando en la mayoría de las sociedades la industrialización se produce en chorro, más que como un proceso continuo, podrían introducirse infinitas gradaciones. Sin embargo, la clasificación es útil para nuestros propósitos inmediatos.

Consideremos ahora la relación que existe entre el momento de industrialización y los efectos de la crisis de incorporación. Contrariando las expectativas optimistas referidas a las consecuencias políticas del desarrollo económico, los países de industrialización tardía han mostrado una predisposición hacia efectos diferentes a la adaptación. Las democracias industriales estables basadas en el intercambio de pluralismo por legitimidad del orden social del capitalismo se han establecido en los primeros países

industrializados y en sus colonias —tal como podremos ver más adelante, este fenómeno también se ha producido en otros países en los que no se hallaba presente un dualismo «cualitativo» importante debido a que no existía una élite terrateniente precapitalista o había sido eliminada como antagonista por el poder central. En los demás países de industrialización tardía, por otra parte, la única variedad de democracia que ha sido estable fue la del tipo «liberal» preindustrial, que se demostró incapaz de absorber un alto nivel de participación.

Tal como se ha indicado más arriba, los países pertenecientes a la segunda ola de industrialización han mostrado una predisposición hacia la polarización y la exclusión, y en muchos de estos países —la Alemania anterior a 1945, Italia, España e incluso Francia— la historia política moderna es una secuencia de ciclos de ambos efectos. La democracia liberal ha sido institucionalizada en la Alemania de posguerra y en el Japón sólo después de que fuesen eliminadas las formas residuales antidemocráticas preindustriales —tales como las élites terratenientes— merced a las revoluciones producidas por los poderes de ocupación. En todos los países industrializados de la segunda ola de industrialización, exceptuando a Rusia, los regímenes exclusionistas controlaron los impulsos revolucionarios generados por la polarización. En cuanto al corporativismo, el rasgo emergente es su retórica más que su realidad en los países industrializados de la segunda ola de industrialización, al menos en lo que atañe a la clase trabajadora.

Ha sido en los países industrializados de la tercera ola de industrialización donde ha surgido la esencia de la apropiación —muchas veces sin su aspecto retórico— junto con la exclusión y la polarización. Schmitter ha sugerido que existe una afinidad entre la industrialización tardía y el corporativismo.¹⁹ Esta hipótesis parece estar sustentada por la evidencia correspondiente a los países industrializados de la tercera ola de industrialización como el caso de México —un ejemplo de corporativismo bajo un disfraz democrático liberal— y parcialmente por los casos de Argentina y Brasil: la historia de estos dos países desde la industrialización es un contrapunto entre la apropiación y la exclusión. Otros países industrializados de la tercera hornada, como Chile y quizás Uruguay, se ajustan a un modelo similar a aquel de las sociedades de la segunda hornada. La razón estriba en que estos países, especialmente el caso de Chile, han generado una división del valor, y la existencia de una clase trabajadora anticapitalista es incompatible con el corporativismo, del modo en que este concepto ha sido defi-

19. P. C. Schmitter, «Still the century of corporatism?», *op. cit.*; e *Interest Conflict and Political Change in Brazil* (Stanford: Stanford University Press 1971).

nido más arriba. Estas excepciones aparentes ilustran dos precondiciones para el corporativismo: una periferia burguesa dentro de la clase dominante y la aquiescencia de la clase trabajadora. Cuando la burguesía es hegemónica, preferirá la adaptación; y cuando la clase trabajadora no es aquiescente se seguirá el camino de la polarización-exclusión.

Es interesante observar, en esta conexión, que el umbral para la caída de la democracia liberal polarizada es más bajo entre los países industrializados de la tercera ola de industrialización que entre los países de la segunda ola de industrialización. En estos últimos países en los que las democracias polarizadas han dado paso a regímenes exclusionistas durante el período de la guerra —Italia, Alemania y España, como así también Francia— la existencia de una masa militante de izquierda volvía verosímil la posibilidad de un efecto revolucionario de polarización. En estos países la respuesta exclusionista se produjo después de instancias pasadas o corrientes de movilizaciones extendidas de la clase trabajadora, o incluso sublevaciones, o la toma del poder por la izquierda: una agitación extendida en Italia y Francia, episodios revolucionarios en la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial y los gobiernos del Frente Popular en España y Francia. La democracia liberal inestable es más frágil, por otra parte, en los países industrializados de la tercera hornada: el establecimiento de regímenes exclusionistas en países como Argentina, Brasil y Uruguay en las décadas de los sesenta y los setenta no han sido la respuesta a amenazas revolucionarias creíbles, ya que en estos casos la clase trabajadora a lo sumo estaba movilizada. Chile, donde la secuencia de polarización —gobierno de izquierda— y la reacción exclusionista parece ser una respuesta de aquellos casos de la segunda ola de industrialización, tales como España una generación anterior, es naturalmente otra cuestión. En la mayoría de los países industrializados de la tercera ola de industrialización por lo tanto, las respuestas exclusionistas han sido provocadas por niveles de polarización mucho más bajos que en los países de la segunda hornada.

Momento de industrialización, orden de las crisis y antagonistas del poder

La relación entre el momento de industrialización y la probabilidad de producción de los efectos está mediatizada por las diferencias en las características de los antagonistas del poder. Dos de estas diferencias que tienen una relación inmediata con el proceso de incorporación son: primero, el orden de las crisis, es decir, el orden en el cual se producen las dos principales crisis de incorporación, aquella relacionada con la burguesía y la

que se relaciona con la clase trabajadora; segundo, diferencias en la relación de fuerzas entre los antagonistas por el poder.

Consideremos en primer término el orden de las crisis. Tal como ha señalado Germani, en los países de industrialización temprana la incorporación de la burguesía ha tendido a preceder, tanto en su inicio como en su solución, a la emergencia de la incorporación de la clase trabajadora.²⁰ Por lo tanto, la primera crisis fue «solucionada» —y de un modo que incrementó la legitimidad del orden social— antes de que la segunda crisis alcanzara su nivel máximo de intensidad. La crisis de incorporación de la burguesía no existe, por supuesto, en los «espacios abiertos», donde nacieron capitalistas.

En los países pertenecientes a la segunda ola de industrialización, por otra parte, ambas crisis tendieron a producirse en un lapso menor, de modo que la disputa por el poder fue realmente un conflicto tripartito entre los terratenientes, la burguesía industrial y la clase trabajadora. Por último, en los países pertenecientes a la tercera ola de industrialización, las crisis son aún más próximas en el tiempo, pero la crisis de incorporación de la clase trabajadora parece ser más significativa. La incorporación de la burguesía podría incluso no ser un problema político en aquellos casos donde los recursos económicos básicos están controlados por agentes externos, y en consecuencia la burguesía nacional no es un antagonista interno que lucha por el poder.

La segunda diferencia principal señalada más arriba tiene que ver con la relación de fuerzas entre los antagonistas del poder. Esta diferencia es especialmente significativa a nivel de las clases superiores. En este sentido pueden hacerse tres generalizaciones: La primera de ellas tiene que ver con el dualismo: el momento de industrialización está asociado con la fuerza relativa de las clases dominantes preindustriales y, consecuentemente, con la relativa debilidad de la burguesía industrial. En segundo lugar, el momento de industrialización está correlacionado con una creciente relevancia de los factores económicos externos que, en los países pertenecientes a la tercera ola de industrialización, pueden transformarse en una fracción central de la clase dominante. Finalmente, el momento de industrialización está asociado con una creciente autonomía del Estado enfrentado a los grupos de rango superior, es decir, el bonapartismo. Esta autonomía del Estado se manifiesta a sí misma como una propensión hacia el monismo burocrático, ya sea civil o militar. La consecuencia común de estas tres

20. G. Germani, *Sociología de la modernización* (Buenos Aires: Paidós, 1969), Cap. II.

relaciones es que el momento de industrialización se halla positivamente asociado con una creciente periferalidad de la burguesía nacional.

En países de industrialización temprana, prevalecieron los empresarios, al comienzo del proceso, sobre las aristocracias terratenientes —bien como resultado de la fusión o de la confrontación— y se transformaron en el estrato gobernante más poderoso, tanto económica como políticamente. En los países pertenecientes a la segunda ola de industrialización, por otro lado, las élites agrarias tradicionales sobrevivieron como el componente más poderoso de las clases superiores, reteniendo un significativo poder económico y el control del aparato estatal. En estos países la burguesía industrial se transformó en un socio menor de las élites terratenientes. A medida que avanzó el proceso de industrialización, se produjo un cambio gradual en el equilibrio del poder, pero las élites terratenientes conservaron durante un largo período una considerable capacidad para proteger sus intereses; Rusia es, naturalmente, una excepción puesto que la revolución tuvo lugar cuando la burguesía era aún extremadamente débil. Por último, entre los países de la tercera ola de industrialización, los industriales nativos son aún más periféricos en su enfrentamiento con las aristocracias tradicionales, el capital extranjero y la burocracia estatal y la burocracia militar en particular. La consecuencia de haber incorporado a la burguesía al sistema político ha sido solucionada, en la mayoría de estos países, merced al control del Estado sobre la burguesía, es decir lo que hemos denominado «cooptación».

Estas diferencias en las características de los estratos superiores en las tres olas de industrialización están relacionadas con las estrategias resultantes de la élite enfrentada con la clase trabajadora. Luego de un estadio inicial en el cual prevalecieron las estrategias exclusionistas en la mayoría de las sociedades, las élites en los países de industrialización temprana han tendido a la inclusión; las élites de los países de la segunda ola de industrialización han oscilado entre la inclusión y la exclusión y la mayoría de las élites de la tercera ola han tendido hacia la exclusión o la cooptación.

En los países pertenecientes a la segunda y tercera ola de industrialización la elección entre estrategias alternativas ha dependido, en gran medida, de las formas de acción política de la clase trabajadora. En los países industrializados de la segunda ola, las instancias de exclusión han sido la respuesta de la élite a una clase trabajadora que era o bien revolucionaria o bien era percibida como tal, mientras que los casos de inclusión reflejaban generalmente una relación de fuerzas en la cual la polarización era lo bastante intensa como para hacer que la inclusión sin una generalización del valor aparezca como menos costosa que la exclusión para las clases do-

minantes. Finalmente, en los países de la tercera ola de industrialización, las élites han tendido a implementar una estrategia de apropiación, toda vez que la clase trabajadora era aquiescente, y a recurrir a la exclusión cuando la clase trabajadora se desviaba de la aquiescencia.

Estas referencias nos remiten a la relación que existe entre momento de industrialización y formas de acción política. En principio, parece que el potencial revolucionario de la clase trabajadora varía según un modo curvilíneo con el momento de industrialización. En los países pertenecientes a la primera ola la clase trabajadora, antes de su inclusión dentro del sistema político, tiende a la movilización. En el caso de Gran Bretaña en el siglo XIX, un ejemplo típico de interacción entre inclusión y movilización, la clase trabajadora fue activada en la consecución de su demanda de participación política, e incluso se comprometió en un comportamiento de violencia, pero este radicalismo no era un reflejo de una ideología subyacente anti *statu quo*. Por otra parte, es en los países pertenecientes a la segunda ola que las formas «reformistas» de acción política han tendido a prevalecer. A pesar de que el apoyo a las ideologías revolucionarias raramente ha sido actualizado como comportamiento revolucionario, la existencia de una división del valor en estas sociedades ha producido la inclusión como un efecto infrecuente de la crisis de incorporación. Esta propensión a apoyar una ideología revolucionaria fue, en parte, el resultado de la conducta exclusionista de las clases dominantes, como fue el caso en el clásico ejemplo de la Alemania de Bismarck, donde «el casamiento del hierro y el centeno» dejó apenas espacio para la adaptación de la clase trabajadora.

En la mayoría de los países industrializados de la tercera ola, por último, la clase trabajadora ha tendido a la aquiescencia, haciendo posible de este modo la cooptación.²¹ La aquiescencia ha sido, en parte, una respuesta a la estrategia de las clases dominantes que no sólo incluían a la clase trabajadora dentro del sistema político bajo control gubernamental sino que también implantaban una política de modernización *pre-emptive*: a la clase trabajadora se le garantizaban beneficios por los cuales no debía luchar. El ejemplo de la Argentina peronista ilustra la correspondencia entre cooptación y aquiescencia y demuestra muy bien las limitaciones intrínsecas de este tipo de solución a la crisis de incorporación de la clase trabajadora: a diferencia de las élites gobernantes en los regímenes autoritarios, que apuntan a la desmovilización, y por lo tanto a la desorganización, de la clase trabajadora, las élites en los regímenes corporativistas

21. Chile se desvía de este modelo y lo mismo ocurre con la Argentina, exceptuando la mayor parte del gobierno peronista.

utilizan a la clase trabajadora como una base de masas y movilizan y organizan el movimiento obrero a fin de incrementar el poder. Ésta es la razón por la que la cooptación es vulnerable a las presiones que tienden hacia la polarización o la exclusión: su estabilidad se sustenta en la ausencia de descontento entre la clase trabajadora y ello significa, en última instancia, que se necesita alguna forma de redistribución continua.

El momento de industrialización se asocia también con variaciones en las características de dos de los recursos del sistema, principalmente los económicos y los culturales. En primer término, la existencia de un excedente aprovechable para la redistribución a la clase trabajadora se ve afectada por dos factores en aquellos países de industrialización tardía: el dualismo y la incidencia de factores externos. Estos dos conceptos correlativos del momento de industrialización se analizarán más adelante, pero su efecto sobre la magnitud del excedente puede ser mencionado en este punto. El dualismo incrementa el número de antagonistas por el poder ya que ello significa, esencialmente, que los estratos sociales no son destruidos por la modernización y que la mayoría de los grupos se hallan fragmentados. La consecuencia es una mayor competencia para la utilización del excedente y este hecho afecta la magnitud de esa porción del excedente que las clases dominantes pueden redistribuir entre los trabajadores industriales. En segundo término, la magnitud del excedente se ve afectada también por los actores económicos externos en aquellos países de industrialización tardía: comercio, inversión y políticas de ayuda de empresas y gobiernos extranjeros producirán sustracciones o adiciones netas al excedente aprovechable para la redistribución. El impacto de estos actores externos fue mucho menor, o insignificante, en países de industrialización temprana.

Por último, en relación a los factores culturales pueden hacerse tres generalizaciones. En primer lugar, la cultura política de los países de industrialización tardía tiende a ser menos propicia a la adaptación que la cultura política de los países de industrialización temprana. Esto es también una manifestación de dualismo: los países de industrialización tardía es probable que tengan el tipo de estructura y cultura sociales que sea más resistente tanto a la industrialización como a la democracia. En segundo lugar, la fragmentación de la cultura política es otra consecuencia del dualismo. En aquellos países de industrialización tardía coexisten diferentes tradiciones políticas y ninguna de ellas es hegemónica. En tercer lugar, la existencia de ideologías relevantes se ve afectada por factores externos: en diferentes olas de industrialización, los distintos sistemas de creencias en cuyas estructuras son formulados los objetivos de los dos principales antagonistas por el poder —tales como el liberalismo, el nacionalismo, el fascismo y variedades del socialismo o del populismo— tenían diferentes grados de

disponibilidad, prestigio y refuerzo material. Una investigación superficial de la historia intelectual a partir de los años de 1870 demuestra que el espectro de ideologías relevantes que competían por la provisión de estructuras cognoscitivas y de modelos positivos o negativos de «la buena sociedad» variaban en casi todas las décadas, tanto en términos de su composición como de la influencia relativa de cada ideología.

Estas diferencias en las estrategias de las clases dominantes, en las formas de acción política y en los recursos del sistema están reflejadas en la covariación entre el momento de industrialización y los efectos del proceso de incorporación.

Dualismo y efectos

Consideraremos ahora la relación entre las soluciones a la crisis de incorporación y la existencia de una discontinuidad cualitativa o cuantitativa en la estructura social. El primer tipo de discontinuidad ocasiona el fracaso de las relaciones sociales capitalistas, es decir las relaciones de salarios, en volverse exclusivas en los sectores primario y secundario de la economía. El segundo tipo de discontinuidad surge cuando se desarrolla un complejo de productividad alta-baja dentro de una sociedad o sector de una sociedad que es estructuralmente capitalista. En los países de industrialización tardía, los estratos sociales precapitalistas han tendido a persistir a pesar del desarrollo del capitalismo. Por esta razón, un sector precapitalista de dimensión y composición variables subsiste en la mayoría de los países pertenecientes a la tercera ola de industrialización. En muchas ocasiones este sector es el producto de la reversión de áreas previamente desarrolladas hacia la subsistencia agrícola y otras formas sociales tradicionales, más que una consecuencia de la falta de penetración del capitalismo.

Este fenómeno ha sido interpretado o bien como un estadio de transición en el proceso de modernización, es decir, un reflejo del carácter discontinuo del desarrollo, o como un tipo específico de estructura social en la que las relaciones sociales precapitalistas están «combinadas» con las capitalistas como un componente necesario más que siendo un elemento residual o una anomalía. De acuerdo con la primera interpretación el dualismo aparece como una consecuencia de la debilidad evidenciada por el impulso capitalista y/o de la resistencia de la estructura social tradicional. En la segunda interpretación, la articulación entre los sectores modernos y tradicionales se explica en términos funcionales: la existencia de relaciones

sociales precapitalistas contribuiría a la operación del sector capitalista.²²

Cualquiera de las dos explicaciones puede ser válida en casos particulares pero ninguna es correcta en su aspecto general. La combinación de hipótesis es plausible en situaciones en las que un sector capitalista de trabajo intenso coexiste con uno que funciona como reserva de trabajo: los ejemplos típicos son el complejo latifundio-minifundio y la coexistencia de la industria moderna y los oficios tradicionales. En todos los otros casos, el reclamo de complementariedad funcional no parece estar garantizada. En lo que respecta a la hipótesis de impulso débil/resistencia fuerte, está parcialmente sustentada por el hecho de que existe cierta asociación entre el tipo de estructura social preindustrial y un sistema político que existía en el país y la probabilidad de que ese país llegase a ser industrializado y se transformara en una sociedad dual. Muchas sociedades dualistas, por ejemplo, se han originado o bien en burocracias agrarias centralizadas, tales como Rusia y Prusia —y la resistencia de estas sociedades a la modernización es bien conocida— o bien en países de América Latina pertenecientes a la tercera ola de industrialización y en los que ésta se produjo bajo el control de las élites terratenientes o al menos bajo las coerciones impuestas por la necesidad de proteger los intereses terratenientes. De hecho es posible que las correlaciones referidas anteriormente entre dualismo y momento de industrialización, por un lado, y dualismo y efectos del proceso de incorporación, por el otro, son falsos: las tendencias hacia

22. El primer tipo de conceptualización puede hallarse en Marx, quien, en un famoso pasaje, saludaba el establecimiento del gobierno británico en la India, ya que él esperaba que este proceso conduciría a la disolución del tipo particularmente contumaz de relaciones sociales precapitalistas que produjeron el «modo de producción asiático». Véase Karl Marx, *Karl Marx on Colonialism and Modernization*, compilado por S. Avineri (Garden City: Doubleday, 1969), pp. 88-95. El análisis de Lenin sobre Rusia en términos de «desarrollo desigual» también pertenece a esta tradición. En cuanto a la segunda interpretación, el ejemplo más temprano puede hallarse en las observaciones de Trotsky acerca de Rusia en el sentido de ser un caso de «desarrollo combinado» en el que la modernización se había producido de modo tal que coexistían las formas avanzadas y retrasadas de vida social. Véase L. Trotsky, *The Russian Revolution* (Garden City: Doubleday, 1959), Cap. I. Los ejemplos contemporáneos son la literatura económica sobre el dualismo, como así también las conceptualizaciones como las de Organski acerca del «desarrollo sincrético», y gran parte de la literatura académica e ideológica latinoamericana. Véase A.F.K., Organski, *The Stages of Political Development* (Nueva York: Knopf, 1968), Cap. V y, para la literatura latinoamericana, los trabajos de Furtado y Frank. Véase, por ejemplo, la obra de C. Furtado, «Development and stagnation in Latin America», en la obra de I. L. Horowitz (comp.), *Masses in Latin America* (Nueva York: Oxford University Press, 1970); y de A. G. Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (Nueva York: Modern Reader Paperbacks, 1969).

la industrialización y la democracia liberal podrían ser principalmente consiguientes al tipo de estructura social y de sistema político que existía en el período preindustrial.²³

La segunda forma de dualismo mencionada más arriba, es decir, una discontinuidad cuantitativa dentro del sector capitalista, existe en alguna medida en todas las sociedades, independientemente de su nivel de desarrollo. La coexistencia de unidades económicas altamente productivas y otras marginales se ha advertido igualmente en sociedades avanzadas y retrasadas y ello es la causa de la diferenciación de las clases sociales industriales en distintas fracciones. Es en países pertenecientes a la tercera ola de industrialización, sin embargo, donde este tipo de dualismo se vuelve particularmente intenso y, en consecuencia, significativo en relación al efecto del proceso de incorporación de la clase trabajadora. En este tipo de país la discontinuidad entre obreros e industriales «modernos» y «tradicionales» es mayor que en los anteriores procesos de industrialización. En la medida en que atañe a la clase trabajadora, las diferencias entre fracciones en términos de ingresos y seguridad son amplias. En relación a la burguesía, la discontinuidad tiende a asociarse con el sitio de control: el sector «eficiente» de la industria es probable que sea controlado por medio de corporaciones multinacionales y sus asociados nacionales, mientras que el sector marginal será manejado por la burguesía nacional. La articulación entre los dos sectores puede interpretarse sobre la base de las mismas hipótesis a que hemos hecho referencia más arriba, es decir, la debilidad del impulso de industrialización y la complementariedad funcional. La última interpretación podría sustentarse sobre la hipótesis de que el sector ineficaz es funcional para el manejo del sector altamente productivo merced al suministro de una reserva de trabajo o, en casos en los cuales los dos sectores compiten, merced al establecimiento de precios más elevados y por lo tanto suministrando un índice de retorno más alto para el sector eficiente.

Como hemos señalado más arriba, existe una asociación entre la exclusividad de las relaciones sociales capitalistas y la frecuencia de adaptación como una solución a la crisis de incorporación de la clase trabajadora. Este efecto ha sido institucionalizado en aquellas sociedades en las que la élite terrateniente, cuyo poder estaba basado en la servidumbre u otras relaciones sociales precapitalistas, no existía o había sido eliminada.²⁴ El dua-

23. Véase el análisis que hace Moore en su obra *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Boston: Beacon Press, 1966); y la copiosa literatura acerca de las diferencias entre la Europa oriental y occidental durante el período feudal.

24. Sobre el tema de la incompatibilidad entre la supervivencia de una élite

lismo se hallaba ausente en tres situaciones. Primero, en los países en que la servidumbre no había existido o había desaparecido antes del proceso de industrialización, por ejemplo los países escandinavos o Gran Bretaña. Segundo, en aquellas sociedades en las que estas élites habían sido eliminadas como poseedoras del poder central durante el proceso de industrialización, por ejemplo los Estados Unidos después de la Guerra Civil —o después de producida la industrialización— o Alemania y Japón en el siglo xx. Tercero, en las «nuevas» sociedades que carecen de un pasado precapitalista, por ejemplo, Australia o Canadá.

Sólo podemos especular acerca de los vínculos entre dualismo y desviación de la adaptación. Cualquiera sea la naturaleza del dualismo, es decir, «cuantitativo» o «cualitativo», su consecuencia sobre la estructura social es la fragmentación tanto de las élites como de las clases subordinadas, incluida la clase trabajadora. Tal como se ha señalado más arriba, en el nivel superior la fragmentación produce el bonapartismo, es decir la relativa autonomía del Estado enfrentado con los estratos superiores.²⁵ Y aquellas élites unificadas por un gobierno bonapartista tienden a desviarse de las estrategias de inclusión hacia la clase trabajadora y a perseguir políticas exclusionistas o de apropiación, depende de las formas de acción política que asuma la clase trabajadora y de la dotación de los recursos del sistema. Anderson ha denominado a las sociedades latinoamericanas, donde ha prevalecido este modelo de fragmentación-sincretismo-bonapartismo de élite, un «museo viviente»:

precapitalista y el establecimiento de la democracia liberal, véase el análisis de Engels acerca del papel de los Junkers en Alemania y de «la revolución desde arriba» de Bismarck. F. Engels, *The German Revolutions: The Peasant War in Germany and Germany: Revolution and Counter-Revolution* (Chicago: University of Chicago Press, 1967), prefacios a *The Peasant War...*, caps. I, II y *passim*; y F. Engels, *The Role of Force in History* (Nueva York: International Publishers, 1968), cap. 7. El argumento es elaborado por Moore, quien sostiene que el giro de la aristocracia terrateniente hacia el mercado agrícola es uno de los determinantes cruciales de la «ruta democrática» hacia la sociedad moderna. Véase B. Moore, *op. cit.*, cap. VII.

25. El vínculo entre el dualismo y la relativa autonomía del Estado se halla implícito en el tratamiento que hace Marx del segundo imperio en Francia. Véase K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, en la obra de K. Marx y F. Engels, *Selected Works* (Nueva York: International Publishers, 1974). Engels argumentaba, en relación a Alemania, que la monarquía absoluta era necesaria en Prusia a fin de mantener el equilibrio entre los Junkers y la burguesía y que el Estado de Bismarck desarrollaba la misma función entre las clases propietarias como un todo y la clase trabajadora, aun cuando el bonapartismo gradualmente transformó a los Junkers en productores capitalistas. Véanse los prefacios a *The Peasant War in Germany* en F. Engels, *op. cit.*, y F. Engels, *The Housing Question* (Nueva York: International Publishers, 1935), pp. 71-72.

«Mientras que en la historia de Occidente las experiencias revolucionarias o el cambio secular han eliminado consecuentemente diversas formas de capacidad del poder, la política contemporánea latinoamericana es algo así como un «museo viviente» en el que todas las formas de autoridad política de la experiencia histórica occidental continúan existiendo y funcionando, interactuando unas con otras en un espectáculo que parece violar todas las reglas de secuencia y cambio implicados en nuestro conocimiento del crecimiento de la civilización occidental.»²⁶

En cuanto al impacto del dualismo sobre las formas de acción política, puede plantearse la hipótesis de que es el tipo de dualismo «cuantitativo» el que es especialmente significativo. Produce una clase trabajadora heterogénea y hay una correlación positiva entre la fragmentación de la clase trabajadora y la diversidad de sus formas de acción política. A pesar de las presiones unificadoras, producidas por factores económicos, políticos y culturales, y por las estrategias de la élite, es probable que las diferentes fracciones experimenten condiciones sociales disímiles, de modo que es probable que varíen sus formas de acción política. Este hecho representa un obstáculo para la difusión de la disidencia y para la transformación de la clase trabajadora en una fuerza política unificada que podría ser capaz de una acción ideológicamente orientada.

Por último, el hecho de que el dualismo incremente el número de fuerzas políticas tiene consecuencias en relación a los recursos del sistema. En primer lugar, la fragmentación multiplica las exigencias sobre el excedente y esta circunstancia incrementa las presiones para políticas alternativas. En segundo término, el hecho de que la fragmentación esté asociada con una creciente autonomía del aparato estatal también hace probable que se produzca un desarrollo sustancial de los recursos coactivos, haciendo de este modo más factible la exclusión. Finalmente, en relación a los factores culturales, la fragmentación de las clases sociales y de las fuerzas políticas implica la fragmentación de la cultura política, tal como se ha señalado más arriba, y por lo tanto incrementa el número de ideologías políticas socialmente arraigadas y que luchan por la hegemonía. Este hecho también contribuye a la producción de otros efectos además de la adaptación.

26. C. W. Anderson, «Toward a theory of Latin American politics», en H. J. Wiarda (comp.), *op. cit.*, p. 257.

Sitio de control de los recursos económicos y efectos

Las consecuencias de la asociación entre momento de industrialización y la creciente influencia interna, tanto económica como política, de los factores externos será examinada brevemente en este apartado.

En el caso de la primera nación industrializada, Gran Bretaña, la autonomía fue maximizada por medio del control de la producción de materias primas y de los mercados extranjeros por los fabricantes británicos. Sin embargo, la incidencia de los factores externos es más elevada entre los países pertenecientes a la tercera ola de industrialización, al extremo de que su industrialización fue inducida básicamente desde el exterior. A pesar de que la dependencia comercial y la inversión extranjera eran significativas en los países pertenecientes a las precedentes olas de industrialización, es entre los países de la tercera ola de industrialización que este poder puede volverse fundamental, es decir, que los actores externos pueden controlar una parte mayor de los recursos económicos —tal como ha sido establecido por los porcentajes del producto nacional bruto o de la población activa— que la burguesía nacional, o una parte más estratégica, un sector más productivo de la economía o el sector más eficaz en términos internacionales. La consecuencia inmediata de un elevado nivel de control de los recursos económicos por parte de los actores externos es la paradoja de una posibilidad de capitalismo sin capitalistas, es decir, sin una burguesía nacional que sea un significativo antagonista por el poder. Una burguesía periférica es improbable que se vuelva hegemónica, en el sentido que da Gramsci al término, tanto en relación a otras clases superiores y en relación a las clases subordinadas. Y una burguesía externa es probable que tenga una relación diferente con el sistema político interno que la burguesía nacional. Los actores económicos externos es probable que definan sus intereses con mayor precisión, en términos de áreas políticas y de espacio temporal. Ellos, por supuesto, movilizarán su control de los recursos económicos a fin de ejercer influencia política, pero su actividad política es probable que se centralice sobre políticas específicas que las afectan directamente y es probable que sean orientadas hacia la maximización de los intereses a corto plazo. Por esta razón es menos probable que una burguesía externa se convierta en un antagonista por la hegemonía. Una vez que sus intereses están protegidos, probablemente se sentirá feliz de abandonar el campo de batalla de la hegemonía a otros actores más encumbrados, principalmente la élite terrateniente o el Estado bonapartista.

El control parcial de los recursos económicos por medio de factores externos contribuye a la debilidad de la burguesía nacional no sólo directamente sino también en forma indirecta ya que un alto nivel de influencia

económica externa conduce también al aumento de la autonomía estatal y, al menos en el caso de algunos países pertenecientes a la tercera ola de industrialización, al fortalecimiento de las élites preindustriales. Analicemos estos efectos indirectos.

En principio, la creciente influencia interna de los factores externos en las últimas olas de industrialización parece contribuir al aumento de la esfera de acción de la actividad estatal. La necesidad de una regulación gubernamental o de una intervención directa en las actividades productivas ha estado limitada en los países de industrialización temprana, una vez que la industrialización estuvo en camino. Por otra parte, los países pertenecientes a la segunda ola de industrialización enfrentaron una situación diferente: la necesidad de competir con los países de industrialización temprana en los mercados nacionales y extranjeros incrementaron el papel del Estado. Por último, en los países de la tercera ola de industrialización, ésta hubiese sido inimaginable sin la protección arancelaria, los controles de intercambio y la regulación de la inversión extranjera.

En cuanto al efecto de los factores externos sobre la importancia de las élites terratenientes, por último, en los países de la tercera ola de industrialización el poder de las élites terratenientes fue intensificado por el desarrollo de las economías de exportación, especialmente en aquellos casos donde la economía exportable estaba basada en bienes que eran producidos por la propia élite. En dichos países las aristocracias terratenientes se transformaron en el actor estratégico de modernización. Las élites de Argentina, Brasil y Uruguay correspondían a este modelo. El efecto fue diferente en países como Chile y otras situaciones de «enclave», donde el sector exportador era operado directamente por actores externos: en dichos casos, aun cuando las élites terratenientes conservaban el control del aparato estatal después de la incorporación a los mercados mundiales, su poder no puede compararse con aquel de las élites terratenientes que eran a la vez económica y políticamente centrales, tal como era el caso en los países mencionados precedentemente.

Por último, los recursos del sistema también se ven afectados por la incidencia de actores externos en aquellos países pertenecientes a la tercera ola de industrialización. Ya se ha señalado que la dimensión del excedente aprovechable internamente, ya sea para la redistribución o para la acumulación, puede ser afectada por movimientos internacionales de excedente. Del mismo modo, la influencia interna de actores externos puede ser traducida a adiciones o sustracciones de la cantidad de recursos culturales y coercitivos aprovechables en una sociedad.

Por lo tanto, podemos concluir que, en una sociedad que enfrenta la crisis de incorporación de la clase trabajadora, un elevado nivel de control

externo de los recursos económicos probablemente contribuya al debilitamiento de la burguesía nacional y al fortalecimiento de las élites precapitalistas y del Estado y, en consecuencia, a la configuración de fuerzas conducentes a una desviación de la adaptación. Sin embargo, los casos de Canadá y Australia y, en menor medida, de muchas naciones de Europa occidental en el período de la posguerra, sugieren que un grado significativo de alienación del control económico es compatible con la adaptación estable en contextos en los que no se halla presente el dualismo cualitativo de alienación del control económico es compatible con la adaptación ya había sido solucionada.

Resumiendo: el momento de industrialización, el dualismo y el control de los recursos económicos por actores externos parecen estar asociados con variaciones en las características de la élite y de la clase trabajadora como así también de las características de la sociedad total. Estas variaciones, a su vez, producen cambios en las estrategias de la élite, en las formas de acción política de la clase trabajadora y en los recursos del sistema, y consecuentemente influyen sobre la posibilidad de que se produzcan los diferentes efectos. A su vez, las diferentes soluciones a la crisis de incorporación de la clase trabajadora contribuyen a determinar las características del régimen político establecido en la sociedad.

CARLOS H. WAISMAN

Department of Sociology
University of California, San Diego
La Jolla, California 92093
USA